

INQUIETUDES BURGUESAS (I)



1. EL NOVIAZGO

El noviazgo es una dignidad o estado del cual echan mano nuestros jóvenes para desconocerse completamente. En el noviazgo, por tanto, vale todo excepto la entrega del organismo, aunque el organismo esté borracho de pasión. Es el dulce tiempo de las mentiras, de los celos programados y de patatita para ti, patatita para mí. No en vano se trata de camelar al cónyuge futuro, a quienes se erigrán en suegros y a todos los amigos de la familia, en general. Los novios, no lo olvidemos, son como pichones; es decir, quebradizos mercenarios de la felicidad en pos del prohibido fruto de la soltería: el trajín. Por eso revolotean tanto y se excitan (de modo muy contenido, claro) en cuanto se va la luz. El noviazgo es, pues, una etapa de peligro para la carne, y pocos son los desagués que escapan a la molienda de los feroces y cismáticos tocamientos. El que más y la que menos sale más usado que un muslo de cabaretera. Pero el noviazgo sirve para tentarse, que ya es algo. Y durante su especulación se aprende de una vez por todas lo que es la factoría cristiana, el braguero y la cartera de valores.

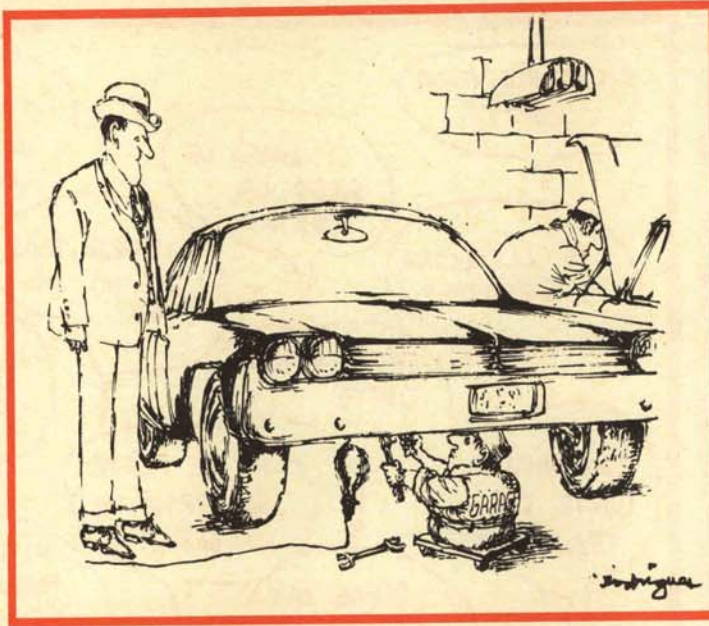
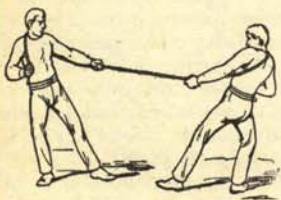
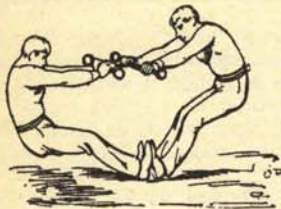
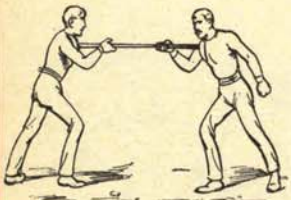
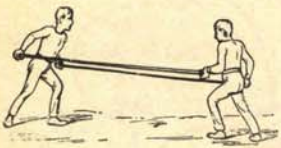


2. LA PETICION

La petición viene a ser el homenaje socio-familiar a la hipocresía. Pero es muy necesario el montaje, ya que ha de intentarse que toda la gente «comme il faut» se trague la batalla de que los novios están ardiendo de amor. Para que una petición salga a pedir de boca se suele vender como lomo de primera a la abuelita paralítica, y con las ganancias y lo que se ha empuñado en una subasta de arte se decora la casa, se le regala a la novia una joya almirarada y embolsmática, al novio un reloj feriante y buhonero y se rocía la moqueta con vino del Rin. Es en el momento de todo el proceso prematrimonial en el que mejor se llevan las familias protagonistas. La razón es obvia: nadie está todavía seguro que se consumará el hecho social, y al precio que están los impuestos, largar parte de la prole es un chollo. A la petición asisten siempre, pues de lo contrario no tiene validez, representantes de los estamentos más arterioscleróticos del país, que tanto lustre dan a los salones, y tampoco falta una princesa de importación, que cobra una cantidad simbólica por su desinteresada asistencia.

JIMMY CORSO

No cabe duda de que dentro de nada serán tolerados los contrastes de pareceres, que, como se sabe, son las líneas paralelas de la vida comunitaria. Muchos sobrinos de la Patria se están preparando con ahínco para el día que llegue el ansiado evento. Ofrecemos gustosos un reportaje gráfico en el que pueden verse a varios sobrinos de la Patria enfrentándose entre sí para llegar a ser Padres de la Patria el día de mañana.



DESAYUNO DE ESTADO

Por fin había llegado la hora de poder participar en uno de los desayunos del más importante estadista del mundo.

Cuando nos llegó la invitación dudamos de que pudiera ser cierto; pero no, allí estaba estampada la firma del jefe de protocolo. En mis manos se encontraba nada menos que la representación de nuestro país en aquel acontecimiento fundamental. El madrugón iba a merecer la pena.

Abrillanté los dorados de la casaca hasta que saltaron chispas, anudé una y otra vez mi faja hasta que sujetó las carnes que pugnaban por escaparse con su característico descontrol. Una vez que la voluminosa boria quedó perfectamente pendulona, me dispuse para encaminarme hacia mi destino.

Subí lentamente las escaleras. Un fotógrafo immortalizó la ascensión, al tiempo que me tendía mecánicamente una con-

traseña para recoger la fotografía en unos céntricos almacenes.

La gran puerta se abrió solemnemente. En el inmenso salón se apiñaban otros 300 representantes diplomáticos que, por lo visto, también pretendían desayunar. Tenían cara de sueño, pero procuraban abrir desmesuradamente los ojos para mirarse los unos a los otros del mismo modo a como yo les debía estar observando.

El presidente ocupó su sitio, allá en la cabecera de la descomunada mesa. Aquello no parecía tener remedio. Desenfundé con todo cuidado mis prismáticos de campaña y observé con detenimiento aquel rostro que tantas veces había contemplado en las páginas de los diarios.

Las palabras del presidente rebotaron solemnes de pared en pared: «En este desayuno privado ofrecido a los representantes más amigos de nuestros más amigos países, quisiera...».

La cabeza del invitado más próximo golpeó violentamente mi hombro. El representante de Formosa yacía entrañablemente dormido sobre mi regazo.

SIR THOMAS

